

A. C. DE P.

AÑO XI

MADRID, 1.º DE DICIEMBRE DE 1935

NUM. 208

La Acción Católica dará los mejores sacerdotes si los mejores sacerdotes son para la Acción Católica

Las vocaciones para el sacerdocio se despiertan al calor del espíritu apostólico sacerdotal

Universidad Católica, Casas del Consiliario y Ejercicios Espirituales

CONFERENCIA DE DON ANGEL HERRERA, PRONUNCIADA EN TOLEDO CON MOTIVO DE LA SEMANA PRO SEMINARIO

La Semana Pro Seminario, organizada en Toledo por el eminentísimo señor cardenal Gomá, ha sido un acontecimiento nacional para los católicos españoles. Lo que prueba la importancia básica del tema tratado, el acierto de los organizadores y el valor del gran número de ponencias y estudios aportados. Entre ellos — todos meritísimos — publicamos hoy el texto íntegro del discurso de don Angel Herrera, miembro del Consejo de la A. C. de P., porque abordó un tema de apostolado seglar, y así, en su disertación encontrarán los propagandistas, cuando tengan que intervenir en actos públicos en favor de las vocaciones eclesiásticas y los seminarios o tratar de estas cuestiones en sus Círculos de Estudios, un rico arsenal de ideas que les serán muy útiles.

A. C. de P. cumple de este modo uno de sus principales fines, que es el de facilitar elementos de estudio para la acción a los propagandistas.

Don ANGEL HERRERA Y ORLA (Presidente de la Junta Central de Acción Católica).

Excelentísimos e ilustrísimos señores; señoras y señores: Sean mis primeras palabras, palabras de gratitud, que yo me atrevería a pronunciar en nombre de la conciencia católica española, para el señor Arzobispo de Toledo, porque ha tenido la inspiración, y en cierto sentido la audacia, de ponernos frente a frente de un grave problema que plantea una realidad hosca y ceñuda; en momentos para algunos, nada más que para algunos—yo no me cuento entre ellos—de abatimiento, es corriente el querer hurtar el rostro a la realidad de

las cosas, y en estos instantes es cuando importa, señores, el que nos enfrentemos con esa realidad, firmemente convencidos de que el cambio está en nuestras manos, es decir, deseosos y dispuestos a que estas horas de examen, de introspección, sean el día de mañana horas de trabajo y de acción fecunda.

El sacerdote, primer elemento de la civilización cristiana

La crisis sacerdotal. ¿Qué problema más grave puede presentarse para una sociedad? La crisis del sacerdocio afecta no solamente a los individuos; es que afecta directamente a las dos grandes sociedades en que vivimos: la Iglesia y

el Estado; porque si el fin primordial del sacerdote es consagrar el Cuerpo verdadero de Nuestro Señor Jesucristo, el fin secundario es edificar su cuerpo místico, y claro es que cuando falte la influencia del sacerdote en el mundo decae por este mismo hecho la influencia de la Iglesia.

Pero es más, es que el sacerdote es elemento esencial y primario de la civilización cristiana. Yo concibo esta civilización como la concebía Santo Tomás, como una lucha constante de la luz contra las tinieblas, de la verdad contra la ignorancia, esta verdad luminosa que está deseando vencer la opacidad en la cual muchos entendimientos han sucumbido. Y no olvidar: que el sacerdocio se consume para vencer la ignorancia, no tanto del individuo como de toda la humanidad. Por eso decía con razón José Demaistre: "Para mí no hay problema más fundamental, no ya en el orden religioso, sino en el orden político, cual el problema del sacerdocio. Las mentes soberanas, decía, que gobiernan pueblos, deberían tener siempre presentes las tablas de las ordenaciones sacerdotales, porque si me dais las tablas de las ordenaciones sacerdotales yo podré predecir cuál va a ser el porvenir de los pueblos». Pues bien, para tratar de este tema tan importante y grave se ha requerido por S. E. mi modesto concurso. Yo no puedo corresponder a este favor, a este honor que se me hace, más que hablando aquí según los frutos de mi experiencia como un seglar que contempla este problema desde el llano, con aquella santa libertad tan propia de los hijos de Dios, tan propia de este lugar santo en el cual nos congregamos. Yo tengo que ceñirme a hablar de la Acción Católica y del sacerdocio, y todavía dentro de este tema, como veréis, me he de circunscribir a un aspecto singular. Yo quiero concretar el eje de mi

La Asociación Católica de Propagandistas rinde reverente y filial homenaje a los nuevos Purpurados de la Santa Iglesia

Eminentísimo señor Cardenal Tedeschini

y

Eminentísimo señor Cardenal Gomá

« Ad multos annos »

discurso en una sola frase: yo os digo, excelentísimos señores y venerables Prelados que me escucháis, y venerables Prelados que la Acción Católica os dará los mejores sacerdotes si vosotros dais los mejores sacerdotes a la Acción Católica (Aplausos).

Despertar de vocaciones, por sacerdotes apostólicos

Yo comienzo mi argumentación. Prestadme esta tesis optimistamente cristiana. Dios ha sembrado en la sociedad el número suficiente de vocaciones sacerdotales para que la Iglesia continúe su obra civilizadora. ¿Cuál es, pues, nuestra misión? No el crear vocaciones sacerdotales, que eso entra en los designios de la Providencia; en cierto modo el fomentarlas. Pero quiero emplear un verbo que me parece más propio y preciso que el fomentarlas, el despertarlas, porque fomentarlas entiendo yo que es rodear la causa de aquellas condiciones externas que hacen que la causa produzca fácilmente sus efectos. Y no basta eso, no. Es indispensable que un agente exterior coadyuve o coopere con la causa a producir estos efectos. Hay que despertar o suscitar las vocaciones. Y aquellos que deben despertar y suscitar las vocaciones son, principalmente, los mismos sacerdotes. No olvidéis, venerables sacerdotes que me escucháis, que nada contribuye tanto a despertar la vocación sacerdotal, dormida en el fondo de un alma, como la presencia de otra alma verdaderamente sacerdotal (Muy bien).

¿Qué importa, pues? Importa que la Acción Católica procure esta feliz unión de grupos de jóvenes, en los cuales es posible que exista esta semilla sacerdotal, con sacerdotes apostólicos que con su presencia y su palabra hagan despertar, germinar y florecer a esa semilla. Este es, pues, el eje de mi discurso, y hasta en esto, señores, se puede decir que Nuestro Señor Jesucristo, el Sumo Sacerdote, quiso darnos ejemplo, porque El también despertó las vocaciones sacerdotales. Con su misma presencia, con su misma palabra los fué llamando uno a uno a aquellos sacerdotes que el Padre desde la eternidad había dispuesto para que fueran el fundamento de su Iglesia. Hasta en este momento tenemos que imitarles, huyendo, como dice con razón cierto tratadista francés, tanto de la audacia, que puede ser excesiva, cuanto de la indecisión que pudiera llegar a ser culpable.

Esta tesis es para nosotros una tesis eminentemente consoladora, porque esto quiere decir que el porvenir de las vocaciones sacerdotales está en gran parte en las manos de los mismos sacerdotes. Yo quiero citar aquí el ejemplo de la vecina nación francesa, de la cual tanto tenemos que aprender por la larga y amarga experiencia que ella tiene de estas cosas. Yo cito el ejemplo del vicario de Vannes y de toda aquella diócesis. El afirma, solemnemente que el factor más esencial para despertar las vocaciones en la juventud es el mismo sacerdote. Todo puede contribuir: los espectáculos, la moral pública, la Prensa, las escuelas, todo evidentemente contribuye; esencial, dice él, no hay más que la acción directa del sacerdote. Y las tablas o las cifras de aquella diócesis nos muestran muchos pueblos sometidos años y años a la influencia de la escuela católica que no han dado ni un solo sacerdote; muchos pueblos, en cambio, sometidos años y años a la influencia de la escuela laica que han dado sacerdotes casi todos los años. ¿Cuál es la causa? La diferencia que puede existir entre el párroco diligente y el párroco inactivo.

Apostolado de las inteligencias

Sentados estos principios, yo digo que el fin de la Acción Católica en este orden de cosas es el de colegiar las Juventudes Masculinas, que serán siempre, aunque no sea más que por este tema de que tratamos, las niñas de

los ojos de la Acción Católica en contacto con sus Consiliarios, y el formar Consiliarios que estén especialmente capacitados para este cultivo apostólico en las Juventudes Masculinas. Y de estas Juventudes Masculinas, yo me quiero fijar principalmente en la Juventud universitaria, y atraer toda vuestra atención sobre la importancia enorme que tiene para el porvenir de la Iglesia y de España el que logremos crear un contacto verdadero y eficaz entre el clero y la juventud que cursa en nuestras Universidades.

No os extrañe que aquí también yo levante siempre mi pregón en favor de la enseñanza superior. Es constante en mí esta preocupación, aun cuando no sea más que por la responsabilidad que tengo como hombre organizador; porque son tantas veces las que perdemos el tiempo, o por lo menos lo aprovechamos poco por olvidar aquel principio de que Dios Nuestro Señor hizo las cosas ínfimas por medio de las medias y las cosas medias por las supremas, y que en último término aquél que es dueño de las cumbres es también dueño de los llanos. Hay que recordar aquel principio de que existen entre los hombres como entre los ángeles, dentro de la misma sociedad, verdadera jerarquía, jerarquía de tipo intelectual y que los superiores por la universalidad de sus ideas y por la mayor cultura, gobiernan y dirigen a los inferiores. De donde aquél que dentro de una sociedad llegue a alcanzar el dominio de estas cumbres es, al fin y a la postre, el dueño de la sociedad entera. Esta idea hay que inculcarla extraordinariamente, porque el día que tengamos hecho el apostolado de la Universidad, hemos hecho el apostolado de la escuela, y el apostolado del Instituto, y el apostolado de la Prensa, y el apostolado de la calle, y el apostolado del Ministerio. Désenos la Universidad y todo lo demás se nos dará por añadidura.

El poder de las ideas

Porque no olvidéis que existe más poder que el poder político, que existe más orden que el orden jurídico, que existe más potencia que la potencia económica, que no es verdad que todo obedezca al César o que todo sirva al oro. Muchas veces el oro y el César no son más que servidores de la inteligencia. ¡Ah!, señores, nosotros pudimos derrotar los ejércitos de Napoleón en unas cuantas guerras de guerrillas; en unas cuantas batallas pudimos quebrantar la fuerza del César. Al cabo de un siglo Napoleón con sus glorias y con sus ejércitos se va escondiendo en las sombras de la noche. ¡Ah!, pero las ideas de la Enciclopedia, penetraron antes de él y con él duraron más de un siglo y han estado trastornando por completo la vida nacional.

Ved por qué constantemente, como uno de los ideales de la Acción Católica, yo estoy clamando por la conquista de las cumbres, porque será completamente inútil que tomemos posiciones en el llano olvidando que a la larga el dueño de los campos será siempre el señor del castillo requerido (Grandes aplausos).

Aproximación de la Universidad al Seminario

Y avanzo, avanzo en mi discurso, y os digo que hoy para tratar con las juventudes universitarias necesitamos un Clero especialmente formado para ello, un Clero singularmente educado para ejercer su potestad espiritual sobre estas minorías selectas que llevan en su mente y en su corazón el secreto de la historia del porvenir. Con cuánta alegría, excelentísimo señor, leía yo la carta que os ha dirigido el Santo Padre y veía en ella repetirse ciertas ideas geniales dominadoras de Pío XI, que en más de una ocasión he escuchado personalmente de sus mismos labios: la atención a las minorías selectas. No le preocupa tanto al Papa la cantidad cuanto

la calidad, cuanto a formación científica también. La atención a esas minorías selectas. Y cuidado que al decir yo que hay que formar este Clero no es que yo sostenga que el Clero español hoy es inferior en cultura a nuestros medios universitarios. De ninguna manera. Sería el decirlo una enorme injusticia. Válgame por todas, la autoridad de Menéndez y Pelayo que decía en el prólogo de la segunda edición de «Los heterodoxos», escrito muy poco antes de morir, que el clero español, a pesar de todas las dificultades con que luchaba para instruirse podría presentar una serie de figuras en el orden de sus estudios, comparable a las que puede presentar cualquier profesor liberal español. Por consiguiente sería injusticia para un clero que lucha, como digo, en circunstancias desiguales y desventajosas. No, no es eso. Es, permitidme que recoja también frases de Menéndez y Pelayo, que urge en España llenar la fosa que está separando a los clérigos de los laicos en un orden intelectual, a las ciencias sagradas de las ciencias profanas, al mundo, de los claustros; en una palabra; a la universidad, del seminario.

Es que el siglo XIII tiene sus preocupaciones y su lenguaje, es que el siglo XVI planteaba sus problemas y tiene sus métodos propios, y yo pido que se comprendan bien las preocupaciones, las ideas, hasta el lenguaje de la juventud universitaria del siglo XX (Muchos aplausos).

¿Modificación de los métodos tradicionales? No llega a tanto mi osadía. En absoluto. La sabiduría de la Iglesia tiene perfectamente organizados los estudios. No, no es esto. Pero necesitamos que a una parte del clero se le puedan ofrecer medios para que sobre esa gran formación fundamental y sólida que le da la Iglesia, adquiera esa segunda cultura, contemporánea, que se puede poner en comunicación con la Universidad. Este es el problema. ¿Y la misión de la Acción Católica, cuál es?

Luego la examinaré más despacio, pero ya comprendo que por ahora no puede servir más que de creadora, de cooperadora, de ofertora de los medios materiales indispensables para que esa reforma pueda realizarse.

La Acción Católica puede ser precursora.

La Acción Católica puede ser coadyuvante. La Acción Católica puede ser ejecutora. Voy a ser más concreto en esta parte ya práctica de las conclusiones.

Necesitamos la reforma de los Seminarios. Ahí la Acción Católica no tiene que hacer más que lo que está haciendo, desde los oficios materiales que en esta Asamblea realiza la Juventud Católica a las órdenes del metropolitano, hasta el que yo, un pobre seglar, sea delante de vosotros un eco de la autoridad de la Iglesia (Aplausos).

La U. Católica necesaria también para los sacerdotes

La Universidad Católica es necesaria, entendedlo bien, para completar vuestra propia cultura eclesiástica, y un solo caso que nadie me podrá discutir os lo va a poner de manifiesto. En la "Quadragesimo Anno" se habla de un grupo de sacerdotes especialmente capacitados para el apostolado de los obreros. El Papa dice que estos sacerdotes tienen que tener especiales estudios en ciencias sociales. Yo os digo que estos estudios en ciencias sociales no son profundos ni son sólidos si no van acompañados de estudios en ciencias económicas. ¿Dónde puede conseguirse esto? ¡Ah!, creed que cuando yo pienso en esto, en la ciencia del Estado con sus tres facultades de Economía, de Sociología y de Política pienso también en ofrecer a la Iglesia, para sacerdotes, unos profesores y unas aulas donde puedan completar su formación para estos grandes menesteres.

En la Universidad Católica la Acción Católica puede hacer algo más que aquello que podría hacer en el Seminario. Re-caudar ciertamente medios materiales, pero ser precursora, precursora, esto es, enderezar las vías, allanar los caminos, hacer los primeros ensayos, realizar tanteos que no comprometan jamás la autoridad de la Iglesia, para que el día en que a voz de la Iglesia diga: Se puede establecer en España una Universidad Católica, estemos todos completamente ciertos de que en lo más mínimo va a sufrir la autoridad y el prestigio de nuestros Prelados.

Y ya que tratamos de este tema, permitidme que os diga de pasada frase: optimistas y prometedoras. No podemos, no debemos dejar pasar los días en esta materia sin edificar cada día un poco. ¿Por qué, señores? Porque creedme que no ha de tardar el momento en que los católicos españoles tengamos potencia bastante para reclamar que se nos concedan los grados oficiales en ciertas Facultades. No ha de tardar, yo estoy cierto de esto; pero sentiría mucho que cuando llegara el momento no tuviéramos nuestra pujanza acreditada delante de la sociedad y del Estado, nuestra competencia para organizar estos centros de cultura superior. Es indispensable, por tanto, que estemos vigilantes y con aceite en las lámparas, no sea que nos coja desprevenidos el Esposo cuando llame a nuestra puerta.

La vida espiritual, indispensable para la vida apostólica

Las Casas del Consiliario es algo que debe crecer a Acción Católica a nuestros Prelados como un complemento de todo cuanto vengo diciendo para la formación de este clero especialmente dedicado a trabajar en nuestras consiliarias y antes que en ninguna en la de la Juventud Católica.

Casas del Consiliario. Porque no es prudente el botar los barcos al agua sin tener preparadas también las bases navales, donde a veces se refugian y descansan, y se restauran, y se abastecen, y se pertrechen, en una palabra. Absolutamente indispensable. La vida apostólica, que es vida de mucho desgaste, exige estas casas de recogimiento, estas casas de estudio, estas casas de oración. ¡Qué mal organizamos la vida los hombres modernos! En cuantas cosas nosotros, estimo sería y evidentemente, hemos retrocedido de la sabia organización de nuestros padres.

Yo consideraba estas cosas leyendo la vida de un santo varón de mi raza, a quien muchos quieren proponer hoy día como modelo de consiliarios y de hombres de Acción Católica, al Beato Juan de Avila. ¡Qué bien organizaba aquel hombre su tiempo! ¡Qué tiempo tan prolongado a la oración, qué tiempo tan largo a la oración y al estudio! Yo no quiero decir que todos sigáis paso a paso las huellas del Santo. ¡Ah, pero que los Santos son enviados por Dios para que sirvan de modelo es innegable! Y si en alguna cosa quisiera yo que fijáramos los ojos—hablo de los seglares naturalmente—para organizar sabiamente nuestra acción, no según normas inglesas, alemanas, sino según normas mucho más profundas, que nacen de la concepción cristiana de la vida, yo os recordaría a vosotros algo que os va a espantar en un principio, pero que siempre quedaría como una muestra altísima, que el hombre de acción no debe olvidar la distribución del tiempo de Juan de Avila. Levantado a las dos de la mañana destinaba para sí 12 horas seguidas, 12 de estudio y de oración, y sólo a las dos de la tarde, después de frugalísima comida abría las puertas de su despacho a los que venían a pedir consejo o consuelo, por no mucho tiempo, 5 ó 6 horas de ordinario, y volvía de nuevo a la oración antes de tomar el descanso. He dicho que es un caso extraordinario, pero os digo que, mientras nosotros no organicemos nuestra vida, de cuarte que los hombres

de acción intensa y vigorosa digan: por lo menos, tanto tiempo para la oración y para el estudio como para la acción, estamos quebrantando una norma sabia, esto es, destruyendo el mismo instrumento con el cual queremos hacer eficazmente la obra sobre los demás (Grandes aplausos).

La administración del tiempo es de las cosas más difíciles y de las más descuidadas en la formación de los hombres modernos. Para esto pido yo las Casas del Consiliario, lugares donde los sacerdotes puedan vivir, apartados del tráfico de la propaganda, dedicados a la oración, al estudio y a meditar sobre las mismas realidades que la experiencia les ha ido metiendo por los ojos. Y diré más aún. Creo que hay que crear y contribuir a que se cree una red de casas o correspondencias en el extranjero. ¿Para qué? Para facilitar que el clero católico español dedicado a la Acción Católica tenga comunicación, trato largo e íntimo con apóstoles de todas las demás naciones. Porque pocas cosas como ésta ensancha la mente, son madre de la discreción, como decía el Manco de Lepanto, y sobre todo nos consuela y nos hace comprender nuestra propia época, porque así como el hombre que no conoce la patria en que ha nacido, mal puede trabajar en ella, el hombre que, en el buen sentido de la palabra, no se reconcilia con la época y con el siglo en que ha nacido, está completamente fracasado para la acción práctica.

En fin, una última consideración que aclare mi pensamiento. Desde el campo en que nos movemos los seglares, más que otra cosa exponiendo necesidades a los reverendísimos Metropolitanos, yo he hablado de este clero que puede ejercer influencia en la Universidad. No quiero que nadie de vosotros entendiera en mis palabras que hablaba de sacerdotes eminentes en Física o en Química, o en Biología o en Matemáticas. Bien venidos sean si Dios los envía. Esas grandes figuras son siempre un ornamento de la sociedad y dan mucha gloria a la Iglesia. Yo me refiero a vocaciones sacerdotales eminentes en ciencias sagradas profundamente apostólicas, que puedan llegar a ejercer una potestad espiritual efficacísima sobre esas eminencias de la Medicina, de la Biología, de la Física, de las Matemáticas. Esto es lo que yo entiendo por conquista de la Universidad, lo cual supone, por consiguiente, una completa separación en régimen de vida, de la Universidad oficial y de la Universidad de la Iglesia. Son dos instituciones completamente diferentes, y no hay por qué insistir ahora sobre eso.

El primer proyecto: Casas de Ejercicios

Y vamos ya, señores, al final de mi discurso. Yo tengo que hablar aquí de otra institución, complementaria de todo cuanto he expuesto, para que el sacerdote pueda de un modo eficaz y fácil ejercer ese apostolado dedicado principalmente a despertar y suscitar vocaciones sacerdotales. Me refiero a las Casas de Ejercicios. Yo pediría a todas las Juntas Diocesanas de Acción Católica que procuren edificar en sus diócesis, antes de crear ninguna otra institución, si es posible, una casa de Ejercicios, porque en la casa de Ejercicios es donde se da esa intimidad, esa comunidad entre el hombre eclesiástico y el laico, y ya lo dice la experiencia, es donde germinan o fermentan la mayor parte de las vocaciones. Casas de Ejercicios organizadas como la Iglesia sabe hacerlo, o entregadas a Juntas Diocesanas, o a Instituciones providencialmente señaladas para este fin como la Iglesia supo hacerlo. La Acción Católica tiene que procurar también, de un lado medios materiales para levantar casas de Ejercicios, de otro lado alumnos jóvenes, ejercitantes, que se acostumbren a hacer todos los años 5 ó 6 días, por lo menos, de completo retiro encerrado.

Y como habéis de oír todavía a dos eloquentísimos oradores y el tiempo ya va corriendo, quiero poner término a este discurso mío haciendo alguna consideración sobre el alma, quizás diríamos sobre el alma colectiva de esta misma juventud, ante la cual moralmente nos encontramos ahora.

El renacimiento del sentido

litúrgico

En el fondo hay un fenómeno general que se está produciendo en las juventudes de casi todo el mundo civilizado; pero es evidente que este fenómeno se manifiesta de un modo más acusado en la juventud de Alemania, y ha sido particularmente estudiado por algún ilustre tratadista católico de nuestros días; bastando, por citar alguno, el dar aquí el nombre de Guardini. Estos jóvenes—dice—son jóvenes en el fondo del alma, más nobles que sus antepasados. Son jóvenes de ideas. Podrán estar equivocados, pero no están degradados. Son, además, almas jóvenes que pertenecen a una etapa histórica distinta de la de los tres últimos siglos, porque estos jóvenes no han sido tocados de aquel individualismo soberbio del Renacimiento y de la Reforma. Tiene cierto aspecto del espíritu de la Edad Media, para muchos en forma confusa, muchos en forma equivocada, al punto que más que del espíritu de la Edad Media, parece del espíritu idealista pagano.

Esos jóvenes quieren realizar un ideal, pero están convencidos de que ese ideal grande que ellos conciben, grande y eterno, no es posible se realice en el área y en la duración de su vida individual. Estos hombres presentan la amplitud de la vida, el desarrollo completo y total de toda su alma; gozan de ese ideal que acarician de un modo vago, que soamente se puede realizar formando ellos parte de un todo sustancial y objetivo. Más que vivificante, vivificador, un poder eterno que les comunica la vida.

La misión de la liturgia

Hay un ansia, evidentemente, de buscar una comunicación con ese todo espiritual y objetivo, independiente de nosotros, que va a ser para nosotros la fuente de vida de una gran parte; todas esas manifestaciones externas, en las cuales hay que ver en una primera mirada generosa el espíritu de abnegación y de sacrificio de la juventud, la facilidad en encuadrarse en organizaciones, las insignias, las banderas, los cánticos triunfales o funerarios, la entrega sencilla y natural de la vida, el culto a los muertos, la gloria a sus mártires, todo eso está indicado en esta juventud un deseo extraordinario de buscar alguna forma sensible y externa, que sea la representación de ese todo con que yo sueño. ¡Ah!, señores; Guardini y la escuela de los teólogos alemanes que le siguen dicen con cuanta razón lo que tiene esta juventud no es más que la nostalgia de comprender y de pertenecer al Cuerpo místico de Nuestro Señor Jesucristo. Esa es la gran realidad, y hay que explicarla así en esa entidad, que no es cosa humana ni de hombres, es cosa divina en la cual irán encontrando, y encontrarán sobre todo algún día, la plenitud de desarrollo de toda su personalidad, el goce de la virtud y el amor al bien; es la necesidad de sentirse unidos a esta gran realidad, que es vivificadora como ellos quieren, que es unidad, que no es una asociación en la cual la vida está en los elementos componentes, sino que es una comunión en la cual la vida está en la cabeza del poder y desciende de la cabeza del poder hasta comunicarse a los miembros. (Aplausos.)

Y por esto, añaden ellos, estas insignias, esas ceremonias, esos cánticos, en lo que pueden tener de humano, en lo que pueden ser expresión de una sociedad temporal, son perfectamente res-

petables, son necesarios, hay que cultivarlos. En lo que puedan tener de religiosos son una tremenda equivocación.

Ahí no hay nada que innovar. Hay que buscar las fórmulas ya permanentes, tradicionales de la Iglesia, para expresar esos mismos sentimientos. En una palabra, como dicen ellos, es que está llegando ya la época del Renacimiento de la Liturgia, que es una necesidad de estas mismas almas; la Liturgia, que les va a unir al culto público y oficial de la Iglesia católica; que va a poner en sus labios no solamente los sentimientos, las palabras mismas con que millones y millones de almas semejantes a las suyas, de todos los siglos de la historia, han expresado su mismo deseo de adoración y de amor hacia el mismo Dios vivo, en el cual todos creemos. (Aplausos.)

Es la hora de la acción sacerdotal

He dicho Liturgia; he vuelto a decir sacerdote; es vuestra hora, sacerdotes. Sois vosotros los que tenéis que aparecer en primer lugar en este campo de batalla. Vosotros, no como representantes—ya se entiende—de ninguna bandera humana, como Embajadores del Sumo Sacerdote, como representantes de Dios, levantando la hostia, que es un sacrificio que ofrecéis no solamente a vosotros, sino también a todo el pueblo; sois el punto de enlace, digámoslo así, de lo divino con lo humano. En esta hora la Liturgia volverá a ser, en gran parte, la plena restauración de vuestro propio prestigio. Por eso hay que procurar que los jóvenes primero comprendan, después sientan, finalmente practiquen devotamente la Liturgia que nos enseña la Iglesia católica.

Es vuestra hora. Acercaos a esa juventud con el ánimo esforzado, alegres, optimistas, vencedores, conquistadores, a esa juventud que en parte está enferma, más que en España, mucho más que en España, fuera de España. En parte está enferma. Sobre todo en Alemania, en Austria, en otros países de Europa central, y aquel mal, que ya la mirada práctica de León XIII señalaba como uno de los males espirituales de la época moderna: el hastío de vivir.

La juventud os aguarda

Una gran parte de esta juventud siente el hastío de la vida, comienza a sentir el frío en el alma que se le convierte en fantasma. Es el instante en que vosotros, discretamente, como el Sumo Sacerdote se acercó a los discípulos de Emaús que comenzaban a estar heridos del hastío de la vida, os acercáis a esa misma juventud, a este pueblo que tantas veces quiere buscar el último consuelo en el contacto con la naturaleza, en las conversaciones de los hombres, que en vano tratan de consolarse mutuamente, arrojándose de corazón a corazón las penas que les ahogan. Es la hora del sacerdote católico, del sacerdote católico que debe infundir en ellos aquel espíritu de amor y de caridad que el Salvador comunicó a los discípulos de Emaús, y veréis como ellos mismos os dicen que permanecáis entre ellos. No os apartéis de ellos, porque es que comienzan a sentir las primeras sombras de la tarde y el frío de la noche les entra en los poros del alma. Os dirán que permanecáis entre ellos, y vosotros permaneced con ellos y partidles el pan, el pan de la palabra espiritual que necesitan, hasta el pan material que tan mal sabemos repartir los hombres. Vosotros, los sacerdotes, sois los llamados a partir el pan, a alimentar a esas almas, a fomentar esos corazones. ¡Ah!, veréis cómo entonces, en contacto sus almas enfermas con las vuestras, robustas por la Divina Gracia, ellos también se sentirán hombres distintos, porque ahora volverán al campo de lucha, a buscar sus compañeros, a levantar su espíritu. En una palabra, se convierten también en almas sacerdotales. Muchos de ellos, estad ciertos, lle-

Eduardo Carles Blat

Tenía veintitrés años y se los ofreció al Señor para servirle en el apostolado; pero El le quiso todavía más cerca y le llevó a su reino. A las cuatro de la tarde del 11 de noviembre pasó Eduardo Carles a formar parte de los «propagandistas triunfantes», tras una muerte llena de santidad que coronó espléndidamente su vida de estudio y oración.

Doctor en Derecho, Licenciado en Filosofía y Letras y Profesor en el Centro de Estudios Universitarios de Historia de la Civilización e Historia de España, poseía una sólida formación clásica impropia de su edad, sólo explicable por el ansia ardorosa de saber que le dominaba, para producir el máximo rendimiento al servicio de Dios.

En el Centro Escolar y Mercantil de Valencia hizo sus primeras armas literarias, y en la revista «Oro de Ley» de aquella casa publicó sus primeros artículos. Más tarde salieron a la luz, en «Diario de Valencia», gran cantidad de trabajos que revelaban su honda preparación filosófica. Después vino su incorporación a las obras de apostolado de la A. C. de P.; en julio de 1933 asistió a los Cursos de Verano en Santander, donde trató a don Angel Herrera y se dió a conocer ante profesores y compañeros por su bondad natural y superioridad intelectual que cautivaron simpatías y afectos de todos.

Al invierno siguiente era profesor del C. E. U., su hogar espiritual, como él decía, que ya sólo había de abandonar cuando la mortal enfermedad le arrancó de nuestro lado.

Era Propagandista Numerario desde el 3 de diciembre del año 34, fecha en que recibió la insignia en la imposición celebrada por el Centro de Madrid con motivo del XXV aniversario de la A. C. de P. La misma insignia que lucía sobre el pardo hábito franciscano que por su propia disposición le sirvió de mortaja.

Durante su breve enfermedad fué continuamente asistido por sacerdotes de la Casa del Consiliario y compañeros del C. E. U., que recibieron de él contantes ejemplos de una fortaleza de espíritu admirable. Cuando llegó a conocer la gravedad de su estado, dijo: «Dadme mi crucifijo y dejadme un rato a solas con mi Dios». El mismo pidió el Santo Viático y la Extremaunción, y después que hubo recibido al Señor en su pecho, decía: «¡Qué grande es re-

garán a dejar sus ocupaciones para irse tras de vosotros, para seguir vuestras huellas deseosos de realizar este apostolado con otros jóvenes y de conquistar otras masas.

Es la hora del sacerdote católico. Bien venido sea el momento en que el señor Arzobispo imaginó la celebración de esta Asamblea en los tiempos actuales. Miremos los católicos cara a cara el presente, y todos estemos ciertos de que el porvenir de la sociedad está por completo en nuestras manos. No faltarán, ¡qué han de faltar!, sacerdotes católicos en nuestros Seminarios. No han de faltar porque la Acción Católica, al crear en ellos un espíritu profundamente apostólico al infundirles un espíritu profundamente litúrgico, ya casi les ha hecho sacerdotes, y veréis cómo en el correr de los siglos irán apareciendo más jóvenes de nuestras juventudes, que irán a poblar nuestros Seminarios y serán el consuelo, el halago, la corona y el justo premio de los esfuerzos de nuestros Prelados. (Cíamorosos aplausos que acogen las últimas palabras del orador duran varios minutos.)



cibir al Señor de cielos y tierra! ¡Lloro de gozo!», y se le saltaban las lágrimas...

En su agonía tuvo momentos sublimes; cuando ya casi no le respondían sus miembros y sus ojos estaban vidriosos, cogía la cruz y la llevaba a sus labios, y en ella ponía toda su alma; después le caía sobre el pecho, y con ansia la buscaba a tientas y la volvía a besar diciendo: «¡Adelante! ¡Adelante!»

Así fué su muerte. Por dos veces recibió al Señor en los breves días de su enfermedad, con plenitud de facultades y dándose cuenta de que se acercaba el final. Hasta el último instante tuvo en sus labios una oración, una jaculatoria, su oblación al Señor siempre para servirle donde El dispusiera. Mas, «porque su alma era grata a Dios, por eso mismo se apresuró Dios a sacarlo de en medio de la iniquidad».

NOTICIAS

—Nuestro presidente ha sido nombrado delegado del Consejo de administración para la redacción de todas las publicaciones que en Madrid y provincias edita la Editorial Católica.

—El hogar de nuestro compañero Julián López Arenas, del Centro de León, se ha alegrado con el nacimiento de su primer hijo, que fué bautizado con los nombres de Ignacio Francisco.

—Al renovarse el Consejo del Centro de Madrid, han sido nombrados nuevos Consejeros Francisco Cantera Burgos y José María Sánchez de Muniain, en sustitución de Alberto Martín Artajo y Pedro Gamero del Castillo, que cesaban en sus cargos.

—Don José Larraz López, propagandista del Centro de Madrid, ha sido nombrado por el Gobierno comisario del Trigo.

—El propagandista del Centro de Salamanca José María Brusi ha sido destinado al 14.º Regimiento de Artillería de guarnición en Valladolid.